

A painting of a pregnant woman standing in a narrow alleyway between shacks made of corrugated metal. The scene is bathed in the warm, orange light of a sunset or sunrise. The woman is seen from the back, her hands resting on her belly. The sky is a deep orange, and the buildings are dark and textured. The overall mood is somber and contemplative.

Lo que no se ve desde el cielo

Xavier Dueñas

Nota del autor

Este relato nació una mañana cualquiera, de esas en que el mundo parece seguir su curso sin sobresaltos, y, sin embargo, una breve noticia, escondida entre cifras y titulares, me detuvo en seco. Hablaba de niños trabajando entre restos ajenos, de niñas con las manos teñidas de azul, de vidas que rozamos apenas antes de volver, casi con alivio, la vista hacia lo nuestro.

No quise escribir desde la denuncia ni desde el juicio. Tampoco busqué consolar. Preferí escribir desde el desconcierto. Desde esa punzada leve y persistente que nos atraviesa cuando algo, sin aviso, nos obliga a mirar de frente.

Lo que aquí se cuenta busca acompañar sin imponer, revelar sin explicar, acercarse sin pretender representar a nadie. Solo quiere acompañar. Nombrar lo innombrado. Escuchar en voz baja a quienes casi nunca se escucha.

Porque a veces, lo más humano que podemos hacer es quedarnos quietos junto al dolor del otro, sin cubrirlo, sin resolverlo, simplemente sosteniéndolo con los ojos abiertos y el alma disponible.

Xavier Dueñas <https://xavierduenas.es>

Prólogo

Hay viajes que comienzan con un mapa y terminan con una pregunta. Viajes que no se miden en kilómetros ni en fotografías, sino en la forma sutil en que algo invisible se transforma dentro de nosotros.

Este relato es la crónica de uno de esos trayectos. Es un trayecto que no transcurre entre aeropuertos, sino entre la ignorancia y la mirada; entre el impulso de hacer y la necesidad de estar; entre el saber que clasifica y el comprender que nos desarma.

No hay héroes aquí. Solo dos vidas que se rozan, apenas un instante, en medio del ruido.

Una flor seca. Una sonrisa que no pide nada. Y un latido que insiste en recordarnos que aún estamos vivos.

Lo que no se ve desde el cielo

Desde el aire, la ciudad se desplegaba como un tablero caótico de chapas y tejados oxidados, una extensión sin fin que ardía en silencio bajo el sol de la tarde. Me asomé a la ventanilla con esa curiosidad ingenua de quien, a pesar de todo, todavía cree que el mundo guarda secretos. Desde cierta distancia, la belleza o el dolor se revelan sin rozarte, sin alcanzarte, expuestos ante ti como paisajes que no requieren de tu presencia para existir.

El aterrizaje fue seco, breve, como suelen ser todas las llegadas que no esperan a nadie.

En el coche que me condujo del aeropuerto al centro, me dejé arrastrar por el ritmo desordenado de un tráfico sin lógica aparente. A mi alrededor, una coreografía caótica: motos que serpenteaban como peces veloces, autobuses corroídos por el tiempo, rickshaws de colores imposibles y luces temblorosas. Bocinas por doquier, sin decir nada y diciéndolo todo.

Niños descalzos corrían entre los coches con la naturalidad de quienes no conocen otra forma de calle. Algunos con cubos, otros solo con sus manos abiertas. Se acercaban a las ventanillas con sonrisas fugaces, casi fantasmas de rostros que sabían que desaparecerían antes de ser recordados. En un semáforo, un niño se detuvo frente a mí: ojos grandes, el pelo revuelto por el calor. Me miró sin pedir nada, sin extender la mano, sin mostrar herida alguna; solo me miró, con esa quietud que desarma más que cualquier súplica. Y luego se fue, dejando tras de sí apenas un rastro, el mismo que dejan las cosas que no se sabe si fueron reales o soñadas.

Quizá fue real, quizá solo un fragmento del sueño de la llegada.

El aire tenía un olor denso, irreconocible: una mezcla áspera de polvo, humo de madera y comida callejera. No era un olor que se comprendiera, solo se aceptaba. Algo se agitó dentro de mí; una parte antigua, escondida, despertaba al reconocer en ese caos una forma de familiaridad dormida.

Vi a una mujer lavando ropa en una acequia negra, a un anciano dormido sobre cartones, a una adolescente vendiendo flores junto a una pila humeante de residuos. Vi tantas cosas que no supe cuál retener, y por eso, quizá, las retuve todas. Mis ojos habían abierto una compuerta, y ahora ya no sabían cerrarla.

Lo que no se ve desde el cielo

Y entonces pensé que todo parece más vivo cuando no te pertenece, porque la vida, cuando es ajena, no duele: fascina con su intensidad inexplicable, interroga sin descanso, se ofrece entera sin esperar nada a cambio.

El coche se detuvo frente a un edificio de tres plantas, inclinado levemente, con la paciencia vencida de quien lleva demasiado tiempo aguardando una respuesta. En la entrada, un cartel descolorido, medio oculto por una tela sucia, anunciaba el nombre de la ONG. Una mujer joven me recibió con una carpeta y una sonrisa ensayada. Me ofreció un vaso de agua y me guió por un pasillo angosto que olía a humedad y a incienso apagado.

La sala de reuniones era pequeña. Una mesa astillada, un ventilador que giraba con desgana, arrastrando las horas. Sobre la mesa, documentos: informes, porcentajes, estadísticas. Los observé con una atención lejana, como quien contempla las huellas de un animal que no sabe nombrar.

Las cifras eran el idioma impuesto para entendernos, el único lenguaje aceptado cuando las palabras verdaderas resultaban demasiado humanas.

Había venido para eso. Para evaluar, medir, constatar. Para confirmar que el dinero había llegado, que los programas funcionaban, que las niñas que ayer limpiaban talleres hoy tejían pulseras o preparaban dulces. Sabía hacer ese trabajo. Lo había hecho antes.

Pero algo no encajaba esta vez. Algo invisible, quizá. Como una grieta que aún no se ve, pero ya resuena.

Pasé los dedos por los bordes del dossier. Sentí la textura del papel, la sequedad de la tinta. Eran cifras limpias, ordenadas, tranquilizadoras. Hablaban de cambio. De oportunidad.

Y, sin embargo, allí afuera, apenas a unos metros, los mismos niños seguían corriendo descalzos entre los coches. Habían logrado mantenerse al margen de las estadísticas, fundiéndose en un silencio que convertía sus nombres en un susurro inaudible para los informes; vivían en ese territorio indeterminado donde la idea misma de integrarse a algún proyecto se presentaba como un anhelo aún por cumplirse.

Quizá era más sencillo contar resultados que comprender realidades —pensé, cerrando la carpeta con cuidado—.

Al terminar, la mujer me miró con esa amabilidad mecánica que repite gestos sin hacerse preguntas. Me dijo que al día siguiente visitaríamos los barrios del programa: zonas de formación, cooperativas de mujeres, talleres de oficios. Asentí. Era lo previsto.

Lo que no se ve desde el cielo

Antes de salir, añadió con naturalidad:

—Taslíma puede acompañarle. Sabe algo de inglés. Le servirá de intérprete.

No quise saber quién era ni por qué hablaba inglés. Solo asentí, con esa obediencia que se adopta cuando uno aún no quiere mirar de frente.

Pero el nombre quedó flotando, suspendido en el aire como una mota de polvo en la luz que entraba por la ventana.

Taslíma.

Un nombre breve, leve, casi sin ruido. Pero en ese instante, sin saber por qué, sentí que no era solo un nombre, sino una puerta.

La mujer salió y yo me quedé allí, escuchando el zumbido perezoso del ventilador. Afuera, el bullicio respiraba como un corazón antiguo, incansable. Pensé en los ojos del niño. En las estadísticas. En la distancia entre lo que creemos hacer y lo que sucede cuando ya no estamos.

Y sin conocer aún el rostro de Taslíma, supe que algo en mí comenzaría a cambiar el día que la encontrara.

ELLA CAMINA DESCALZA

La sala aún estaba en penumbra cuando ella entró. La luz del ventilador girando arrojaba sombras circulares sobre las paredes desconchadas, y por un momento, su silueta se recortó contra ese juego de luz y polvo, ajena, como si el lugar no terminara de reconocerla.

Apareció, envuelta en un silencio que parecía haberla concebido. Caminaba descalza, con una calma que daba a entender una aceptación serena, invencible, del lugar que le correspondía en el mundo.

Vi sus pies antes que su rostro: pies pequeños y curtidos por el sol del asfalto, con los dedos envueltos en una costra arcillosa que llevaba impresa la memoria de caminos interminables y los talones agrietados como grietas de cuero sediento; ella los mostraba con una naturalidad absoluta, sin urgencia alguna por ocultar lo que el tiempo y la tierra habían dejado marcado, y esa sencillez me descolocó profundamente, pues yo procedía de un mundo donde el simple acto de respirar exige pedir disculpas; entró en silencio, avanzó con entereza serena, plena de la convicción adquirida tras haberlo perdido todo, consciente de que ya no quedaba nada por rogar.

Lo que no se ve desde el cielo

Después levantó la cabeza y me miró. Sus ojos, grandes, oscuros, no tenían la mirada huidiza de los tímidos ni la seguridad arrogante de los que se saben observados.

Aquella mirada se alzaba con una claridad impenetrable, ligera como el aire que no requiere adorno para brillar, irradiando una presencia inmutable que rehúye tanto el desafío como el elogio, pues su sola existencia basta para testimoniar la verdad; así era ella, envuelta en una serenidad que desborda toda protección, liberada de temores, entregada al instante con la autenticidad de quien no necesita máscaras.

Dijo su nombre en voz baja, y el sonido fue breve, redondo, casi seco. —Taslima. Nada más.

Y se quedó quieta, sosteniendo la espera con la calma inquebrantable de quien sabe que cada uno danza al compás de un tiempo que avanza por senderos distintos, consciente de que al entregarse al presente florece la serenidad más auténtica.

Me incorporé torpemente, estreché su mano, murmuré un saludo en inglés. Ella asintió, sin mostrar si había entendido. Durante unos segundos, no supe qué decir, y ese silencio me incomodó más de lo que habría imaginado. Sentí que entraba en un territorio donde mis palabras, mis títulos, mis certezas no servían. Donde mi ropa planchada y mi agenda rigurosa eran piezas inútiles en un tablero invisible.

No parecía esperar nada, y justamente en esa ausencia de expectativa residía lo más desconcertante.

Nos sentamos frente a frente, separados por una mesa de madera desconchada que parecía haber sido testigo de demasiadas esperas. Ella apoyó las manos sobre el borde, entrelazando los dedos, y entonces vi el azul. Un azul oscuro, profundo, impregnado en la piel de sus uñas, nacido desde dentro, como si su infancia hubiese estado teñida con los colores que no se borran jamás.

Retuve aquel impulso que habría llevado mi voz a preguntar por qué se hallaban en aquel estado, pues mi intuición susurró la necesidad de observar en silencio y dejé que la imagen desplegara ante mis ojos el latido del trabajo profundo, el pulso incesante de la historia y el eco imborrable del resto ancestral.

Una convicción serena se instaló en mi mente: aquella escena se sostenía sobre los cimientos de un esfuerzo tangible, una huella labrada con intención, un testimonio vivo que trascendía la mera pintura o la fantasía pasajera

Lo que no se ve desde el cielo

Intenté romper el silencio con preguntas sencillas. Le pregunté si conocía bien el barrio, si había trabajado antes con la organización, si hablaba inglés desde pequeña. Respondía con frases cortas, sin temor al idioma, pero sin sentirse del todo invitada en él. *“Algo”, “Sí, un poco”, “Aprendí con ellos”*. Y entre cada respuesta, una pausa. No la pausa de quien busca la palabra, sino la de quien mide el peso de lo que dice y, sobre todo, de lo que calla.

Pero había algo en su forma de estar, en su manera de escucharme, que me desarmaba. Una dignidad tranquila, una delicadeza que no nacía de la educación formal, sino de una templanza tejida con el cansancio. Cada uno de sus gestos se perfilaba con la suavidad propia de quien respeta el espacio ajeno, desplegando una discreción tan profunda que apenas rozaba el entorno, entregando a cada movimiento la justeza precisa para habitar únicamente el lugar que le correspondía.

Entonces dije algo —ni siquiera recuerdo qué— que, por fin, la hizo sonreír. No fue una risa abierta ni prolongada. Fue apenas un pliegue fugaz en los labios, un destello leve que pasó y quedó, como la estela de un barco en un lago en calma. Pero en ese instante supe que algo había empezado a abrirse entre nosotros. Algo leve, frágil, pero real.

Una sonrisa que parecía pedir disculpas y a la vez perdonarlo todo.

A la mañana siguiente, salimos temprano. El sol aún no quemaba, pero el aire ya anunciaba que lo haría. Caminamos por callejones estrechos donde el barro seco se levantaba en cada paso y los tejados parecían sostenidos más por la voluntad que por los materiales. Ella iba delante, sin mirar atrás, con un andar firme y silencioso, con la familiaridad de quien ha recorrido esas rutas toda la vida. Yo la seguía, torpemente, sorteando charcos, esquivando cables, tratando de no parecer tan fuera de lugar como me sentía.

Visitamos una pequeña aula donde niñas muy jóvenes aprendían a coser. Nos recibieron con sonrisas tímidas, se pusieron en pie, inclinaron la cabeza. Una de ellas tenía la misma edad que Taslima, o quizás un poco menos. Vi en su rostro una mezcla de inocencia y agotamiento, la expresión de quien ha sido empujada a crecer antes de tiempo y, aun así, se aferra a no dejar del todo la infancia.

Taslima tradujo lo que le pedí que preguntara, pero sin énfasis. Más atenta a lo que no se decía que a las respuestas. Sus ojos recorrían el espacio sin prisa, repasando, tal vez, un inventario invisible de todo lo que alguna vez fue suyo o de aquello que jamás llegó a tener.

Después fuimos a otro local donde mujeres tejían alfombras de fibras recicladas. El encargado explicó el proceso, mostró gráficos, dijo algunas palabras en inglés para

Lo que no se ve desde el cielo

impresionarme. Yo asentía, tomaba notas, decía cosas como *“impacto positivo”* o *“reutilización de recursos”*. Pero había una parte de mí, la más callada, que ya no lo escuchaba. Observaba a Taslima.

Ella no intervenía, tan solo observaba en silencio, con una atención que parecía abarcarlo todo sin pronunciarse sobre nada. Y su mirada no era la de quien está ausente ni la de quien se protege. Una mirada que no juzgaba, pero tampoco idealizaba. Entendía todo, y, aun así, elegía el silencio como quien sabe que no todo debe decirse.

Había en su silencio una forma de compasión que yo no conocía. Una compasión que no buscaba salvar ni explicar. Solo estar. Solo acompañar.

UNA CASA SIN PAREDES

Me pidió que la acompañara sin explicar mucho, con esa reserva que tienen las cosas que no caben en las palabras. Caminamos en silencio por calles cada vez más estrechas, donde el asfalto cedía a la tierra batida y los cables colgaban del cielo como lianas negras. A cada paso, el entorno parecía deshacerse: casas a medio caer, plásticos ondeando como banderas de un país invisible, animales sueltos husmeando entre los restos del día.

Taslima caminaba delante, con la misma serenidad con la que entró en la sala aquella primera mañana. Había en ella una certeza que me desarmaba. Yo, que venía con mi agenda llena de puntos, mis reuniones cronometradas, mis informes revisados por comités, no sabía qué hacer con ese gesto tan simple: caminar sin prisa hacia un lugar que no tenía nombre en el mapa.

Llegamos a una especie de patio sin forma. Había estructuras a medio levantar, techos de uralita vencidos por el peso del tiempo, charcos estancados y un olor agrio que brotaba de algún rincón invisible y lo invadía todo. Ella se detuvo junto a un muro descascarado, cubierto de polvo y moho. Lo señaló con la mano, sin mirar. *“Aquí vivíamos”* dijo.

El muro, sucio y rugoso, tenía unas marcas dibujadas con lápiz. Eran líneas verticales, con fechas escritas en un alfabeto tembloroso. Algunas estaban casi borradas; otras, aún nítidas. Taslima se acercó y pasó los dedos por una de ellas, como quien acaricia una ausencia. No añadió nada.

Me acerqué. Eran marcas de altura. Un calendario secreto que medía no el tiempo, sino la resistencia. Cada línea decía: *“Aquí crecí.”* Pero también decía: *“Aquí me empujaron a crecer sin*

Lo que no se ve desde el cielo

pedirlo." Me quedé quieto, no sabía si debía mirar o apartarme, si debía preguntar o callar. Lo único que supe con certeza, en ese momento, fue que nunca había estado tan dentro de una vida ajena.

Pensé que venía a cambiar algo. Pero cada palabra suya me desnudaba de esa ilusión.

Nos alejamos del muro sin hablar. Solo al doblar una esquina, cuando la calle se estrechó aún más y el aire se volvió espeso, ella comenzó a contar.

No usó grandes palabras, ni buscó mi lástima. Hablaba como quien enumera hechos. Con la voz baja, firme, sin adornos, pronunciaba cada frase como quien deja caer piedras que ha llevado tanto tiempo consigo que ya no pesan.

Me dijo que empezó a trabajar con seis años, quizás antes. Que su madre la llevaba de la mano cada mañana al taller, donde las otras niñas la esperaban sentadas sobre sacos de harina, con las piernas cruzadas y los dedos listos para sumergirse en los cubos. Que al principio lloraba por el olor, por la oscuridad, por el picor en los ojos. Pero que luego el cuerpo se acostumbra a todo. Incluso al miedo.

Me habló del tinte, de cómo se colaba por las uñas, por los poros, por los sueños. Me dijo que durante mucho tiempo soñaba en azul. Un azul denso, oscuro, como el que le teñía las manos y que, aunque se lavaba con jabón y piedra, nunca se iba del todo.

"Una vez" dijo, mirándome de reojo *"me quemé los brazos con agua caliente. El encargado no dejó que me fuera. Solo me dijo que trabajara más rápido."*

Quise decir algo, pero ninguna palabra en mi diccionario parecía capaz de abarcar eso. Solo asentí, torpemente, en un intento mudo de respuesta, como si un gesto pudiera alcanzar la dimensión de una infancia arrebatada.

Me contó que su madre enfermó. Que a veces no tenía fuerzas para levantarse. Que entonces era ella quien salía sola, con los ojos aún hinchados por el sueño, los pies fríos, la esperanza dormida. Que nunca dejó de ir, porque no ir era peor.

Y mientras hablaba, yo solo podía pensar en todas las veces que había repetido, en alguna charla o documento, que el trabajo infantil era un problema estructural, un desafío complejo, una cifra difícil de erradicar. Lo había dicho tantas veces que había olvidado lo más evidente: que detrás de cada número había un cuerpo. Y dentro de cada cuerpo, una niña.

Cada palabra suya caía como una piedra dentro de mí. Y yo, sin armadura.

Lo que no se ve desde el cielo

La tarde se fue deshaciendo en tonos rojizos mientras regresábamos caminando despacio. Guardamos silencio. Ella parecía haber dicho ya todo lo necesario, y yo, después de lo que había escuchado, sentía que cualquier palabra mía sería un intento inútil de protegerme.

Al llegar a un cruce de calles sin farolas, nos sentamos en un bordillo. Delante, un canal oscuro arrastraba basura con lentitud. A lo lejos, una mujer cantaba algo, pero la distancia convertía la melodía en una sucesión de notas suspendidas. El aire estaba quieto. El calor se transformaba en una presencia más espesa, más sorda.

Taslíma abrazó las rodillas y se quedó mirando al frente. Yo hice lo mismo. Durante unos minutos, fuimos solo dos cuerpos cansados compartiendo la noche, sin fronteras. Por primera vez, me reconocí como un igual en ese instante compartido: humano, expuesto y frágil como ella, necesitado de sentido tanto como cualquiera.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Tal vez veinte minutos. Tal vez toda una vida.

A veces, ella giraba apenas la cabeza, en ese leve gesto de quien necesita confirmar que no está sola. Pero no decía nada. Se mantenía en silencio, sin buscar consuelo ni esperar que yo se lo ofreciera. Y eso, lejos de incomodarme, me alivió. Me alivió profundamente. Porque comprendí que ciertos dolores hallan alivio en ese gesto humilde de quedarse acompañando el silencio, mientras las palabras, las ayudas y los programas contemplan desde la orilla la necesidad profunda de consuelo.

La luna se había asomado sobre nosotros con una timidez delicada, filtrándose entre nubes desgarradas que dejaban entrever su faz incompleta, manchada como el cielo de quienes han contemplado en exceso los rincones más crudos de la vida. Sentí entonces una ternura casi insoportable al contemplar los pies descalzos de quien recorría su propio destino con la ligereza de quien rehúye la pretensión, y comprendí con exactitud que esa noche no se borraría jamás de mi memoria, pues el verdadero encuentro no surgió cuando ella comenzó a hablar, sino cuando ambos, al fin, nos entregamos al silencio compartido.

EL CORAZON LATE DESDE DENTRO

No me lo pidió. Solo dijo que tenía que ir al centro de salud, y que si no me importaba acompañarla. Su voz era neutra, con la misma naturalidad con la que se anuncia que va a llover o que hoy no hay pan. Asentí, aceptando en silencio, sin formular ninguna pregunta.

Lo que no se ve desde el cielo

Había aprendido, en los últimos días, que las respuestas que uno espera no siempre llegan en el idioma que conoce.

El dispensario estaba al final de un camino de tierra, entre dos bloques grises que se miraban sin ventanas. La puerta era de metal oxidado y tenía, pegados con cinta, varios carteles descoloridos: dibujos de mujeres embarazadas, esquemas de nutrición, advertencias sobre infecciones. Todos estaban arrugados, algunos rotos, desgastados por el tiempo como telas que se deshilachan sin prisa. Leí una frase en bengalí con traducción al inglés que decía: *"Toda vida comienza con cuidado"*. Pensé que era mentira. Al menos aquí.

Dentro, el aire olía a yodo, a sudor, a plástico viejo. Una mujer con bata nos miró desde detrás de una cortina y asintió sin hablar. Nos hizo pasar. El espacio era estrecho, apenas un cubículo con una camilla, una silla rota y un aparato que parecía sacado de otro siglo. Taslima se sentó sin que nadie se lo indicara. Su cuerpo conocía ya todos los rituales.

Yo me quedé junto a la pared, sin saber qué hacer con las manos ni con la mirada. Había una repisa con frascos vacíos, una balanza desajustada, una imagen de una diosa con los brazos cubiertos de collares. La enfermera hablaba bajo. Taslima respondía con monosílabos. Todo era lento, apagado. Parecía no ocurrir por necesidad, sino por la inercia de lo repetido, por esa rutina que se instala cuando ya no se espera otra cosa.

Y yo, allí, presente pero inútil, sentía que algo se estaba gestando dentro del silencio. Algo que, sin saberlo, ya me esperaba desde el primer día.

Cuando el técnico encendió el aparato, el zumbido llenó la sala como un murmullo eléctrico. Taslima se tumbó sin decir nada. Se subió la tela del sari con un gesto rápido, acostumbrado, como quien ya ha pasado por eso muchas veces. Actuaba sin pudor ni protesta. Solo una especie de aceptación que, más que resignación, parecía fatiga.

El aparato era antiguo. La pantalla parpadeaba. Durante unos segundos no apareció nada. Solo un ruido blanco, un murmullo opaco, como si el mundo aún se resistiera a revelar lo que guardaba en su interior. Y entonces, sin previo aviso, se escuchó el sonido. Un golpe rítmico, rápido, insistente. Un latido. Pequeño, pero claro.

Miré la imagen: una forma borrosa, apenas una sombra con forma. Pero estaba allí. Vivía. Se movía. Latiendo sin permiso, sin planes, sin saber dónde ni para qué.

Lo que no se ve desde el cielo

Taslíma permaneció en silencio, sin una sonrisa, sin una lágrima. Mantenía la mirada fija en el techo, ausente, como si aquella pantalla no hablara de ella, como si su cuerpo fuera ya una casa abandonada.

Yo no pude decir nada. Tenía la boca seca, los ojos ardiendo, la garganta cerrada. Nunca había sentido algo así. Una mezcla de asombro, de ternura, de miedo y de rabia. Porque esa vida no venía del amor, ni de la calma, ni del cuidado. Venía del barro. Venía de una historia sin techo, sin padre, sin defensa.

Y aun así, estaba viva.

Había vida. Un pulso frágil, contradictorio. Sin promesas. Y aun así, vida.

Y eso —solo eso— me partió en dos.

Salimos del dispensario cuando ya había oscurecido. La calle estaba llena de motos veloces, de vendedores recogiendo sus puestos, de niños que jugaban con ruedas viejas con la despreocupación de quien siente que no necesita más. El calor había cedido un poco, pero el aire seguía espeso, cargado, como si aún guardara algo por derramar.

Taslíma caminaba a mi lado sin prisa. No dijo una palabra. Yo tampoco. Y, sin embargo, aquel silencio era distinto. Era algo más que un vacío, más que una incomodidad: era un entendimiento silencioso que no requería palabras. Era una especie de rendición. Ambos lo sabíamos: ya no quedaba nada por explicar. Solo el silencio bastaba.

No me miraba, pero yo la sentía cerca. Sentía su respiración tranquila, su paso constante, su cuerpo joven que ya no era solo suyo. Sentía, sobre todo, el peso invisible de lo que no se nombra, de lo que se guarda por dentro para no desbordarlo todo.

Había creído —quizás sin darme cuenta— que podía ayudarla. Que podía ofrecerle algo útil. Quizás algún consejo, alguna, gestión. Pero ahora, después de haber visto esa imagen en la pantalla, después de haber escuchado ese corazón latiendo dentro del suyo, comprendía que lo único que podía ofrecerle era mi respeto. Un respeto total, sin condiciones, sin intención de redimir.

Al llegar a la esquina donde nos separábamos, Taslíma se detuvo. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó algo pequeño, envuelto en papel.

Era una flor seca.

Lo que no se ve desde el cielo

Me la tendió en silencio. La tomé con ambas manos, con la reverencia que se tiene ante lo sagrado. Y lo era.

Todo mi conocimiento no servía para protegerla. Solo el respeto.

Y en ese momento lo entendí: lo más importante de este viaje no era lo que venía a entregar, sino lo que había venido a aprender. Y ella..., me lo estaba enseñando todo.

LO QUE NO SE VE DESDE EL CIELO

Llegamos al punto donde terminaba el camino de tierra y comenzaba la carretera asfaltada. El coche que me llevaría al aeropuerto ya estaba allí, con el motor encendido y las ventanas subidas. El conductor no dijo nada; solo me miró de reojo, esperando que subiera sin preguntas.

Taslina y yo nos detuvimos unos pasos antes. Ella tenía los brazos cruzados, la mirada fija en el suelo. Yo sostenía la flor seca que aún conservaba, envuelta con cuidado en un papel. Buscaba algo que decir, pero las palabras que se me ocurrían flotaban sin peso, sin cuerpo, huecas, incapaces de contener todo lo que había sucedido. Dudaba incluso si agradecer era lo correcto, si no sería otra forma de seguir sin entender nada.

Quise darle algo. Pensé en mi reloj, en mi cuaderno, en el bolígrafo que siempre llevaba conmigo. Pero todo me pareció ridículo. Frágil. Insuficiente.

Entonces ella levantó la vista. Me sostuvo la mirada un instante, apenas. Luego sacó del bolsillo una pulsera hecha con hilos de colores. Estaba deshilachada, algo sucia, pero tenía una belleza distinta, íntima, cargada de lo vivido, como si guardara el eco de muchas vidas. Me la ofreció en silencio, dejando que el gesto dijera lo que las palabras no alcanzan. La tomé con ambas manos. Dudé entre ponérmela de inmediato o guardarla como se guarda un secreto. La apreté con fuerza. Asentí.

—Gracias —dije al fin. No pude decir más.

Ella no respondió. Solo sonrió. Esa sonrisa suya que parecía contener todo el dolor y toda la bondad del mundo.

Y supe que nada de lo que hiciera después estaría a la altura de ese momento.

Desde la ventanilla del avión, la ciudad parecía otra. Pequeña, ordenada, casi tranquila. Los tejados de chapa brillaban con la luz del sol de la tarde como escamas de un animal dormido.

Lo que no se ve desde el cielo

El silencio envolvía la ciudad: sin bocinas, sin gritos, sin el eco apresurado de pasos descalzos. No se veía el barro, ni el humo, ni los rostros que uno no olvida, aunque solo los haya visto unos segundos.

Desde el cielo, todo parecía limpio. Incluso bello.

Y, sin embargo, yo sabía lo que no se ve desde arriba. Conocía las grietas en los muros, los cuerpos dormidos en los pasillos, los latidos solitarios que nadie escucha. Sabía la historia de una niña que trabajaba desde los seis años con los dedos manchados de azul. Sabía lo que ocultaban ese barrio sin nombre, esa casa sin paredes, esa vida que no cabía en ningún informe.

Yo venía a enseñar. Me iba sabiendo que apenas había aprendido a mirar.

Mirar con la apertura de quien se deja alcanzar, con el corazón al descubierto y el interés profundo que trasciende cualquier cálculo o propósito previo, con la lentitud serena que el alma necesita al rozar otra alma.

Ya en lo alto, con el cuaderno abierto sobre mis rodillas y sus páginas vibrando al compás del aleteo del avión, opté por dejar que el silencio revelara lo esencial, entregándome a la hondura de cada latido del vuelo mientras me sumergía en las sensaciones del trayecto, ajeno a la urgencia de estructurar resúmenes, formular recomendaciones o detenerme en cálculos de porcentajes, convencido de que en ese reposo callado nacen las verdades más profundas.

Solo escribí una frase:

"Taslima no era un caso. Era un mundo."

Y debajo, en letras más pequeñas, con la discreción de quien teme dejar al descubierto algo demasiado íntimo, añadí:

"La compasión no nace del saber, sino de atreverse a ver de verdad."

Cerré el cuaderno. Toqué la flor seca en mi bolsillo. Me ajusté la pulsera en la muñeca izquierda.

Y por primera vez, desde que había llegado, sentí que no tenía que hacer nada más que recordar. Recordar para que no se borre. Recordar para que otros, algún día, aprendan también a mirar.

Epílogo

Algunos nombres, como algunas miradas, nos acompañan mucho después de haberlos olvidado. Taslima es uno de esos nombres que regresan sin avisar, en medio de una frase, en la pausa de un pensamiento, en el eco de una pregunta sin respuesta.

Hay lugares que nos transforman silenciosamente, aunque ese cambio pase desapercibido a los ojos de los demás. Porque el cambio verdadero no siempre deja señales visibles. A veces se revela solo en el silencio con que miramos el mundo después. En esa forma imperceptible en que algo se encoge o se ensancha cuando recordamos.

Lo que no se ve desde el cielo —lo más verdadero— no está hecho para los ojos que sobrevuelan. Está hecho para los que se detienen. Para los que se agachan. Para los que se dejan tocar sin temor a romperse.

Y eso, tal vez, sea lo único que importa.

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>